

VIDA LITERARIA, UNA VISION DEL NOVECIENTOS

I. VISION GENERAL

EL ambiente intelectual del Uruguay, en la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX, se caracteriza por la gran variedad de tendencias que se entrecruzan y que tan pronto parecen converger hacia un centro común como partir de un centro común para diverger bien pronto. Esta heterogeneidad hace que el periodo indicado sea un periodo extremadamente complejo. Para intuir esta complejidad es suficiente recordar los trazos de la obra y personalidad de las figuras más representativas. El periodo se dibuja, entonces, con los rasgos de una fisonomía intelectual que aúna muy diversos matices. Junto al naturalismo zoleano de gran parte de la obra de Javier de Viana (1868-1926) y al realismo del teatro de Florencio Sánchez (1875-1910) se halla la enrarecida atmósfera lírica de la obra de Julio Herrera y Reissig (1875-1910); junto al pensamiento denso y serio de José Enrique Rodó (1871-1917), las distorsionadas creaciones de los primeros libros de Horacio Quiroga (1878-1937); junto a la penetración crítica para el análisis filosófico de Carlos Vaz Ferreira (1872-1958), el erotismo, por momentos narcisista y desmelonado, de la poesía de Delmira Agustini (1886-1914); junto a la narrativa de Carlos Reyles (1868-1938), empeñado en penetrar en el corazón de su época, la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924), enclaustrada en una orgullosa soledad a la que no es ajena la angustia existencial o metafísica. La complejidad de este cuadro se acrecienta si se recuer-

da que algunos de estos creadores impusieron a su orientación literaria golpes bruscos de timón que varió su trayectoria. Y se acrecienta aún más si se recuerda —quedan citadas solamente las figuras prominentes de la llamada generación del novecientos— que se hallan aún en pleno ardor creador algunos de los máximos escritores de la promoción anterior. Juan Zorrilla de San Martín (1855-1931) publica ese gran mural épico-histórico que es *La epopeya de Artigas* (1910) y Eduardo Acevedo Díaz (1851-1921) cierra con *Lanza y sable* (1914) su tetralogía épico novelesca, iniciada con *Ismael* (1888), seguida con *Nativa* (1890) y continuada con *Grito de gloria* (1893).

SENSIBILIDAD FIN DE SIGLO

Esta fisonomía intelectual tan rica y matizada adquiere, sin embargo, en el núcleo de la generación del novecientos, una cierta coherencia. Y la adquiere a través de un rasgo, que de un modo u otro, en todos se manifiesta. Todos viven la convicción de que en esos años en que un siglo muere y otro nace han surgido un nuevo modo de sentir la vida y una nueva sensibilidad complejísima y refinada. Dos textos son extremadamente ilustrativos al respecto. El primero es el notable ensayo de José Enrique Rodó titulado *El que vendrá* (1896). El joven ensayista añora allí el advenimiento del *Revelador profético* en cuya obra plasmarán esas ansias del corazón y del pensamiento a las

que todavía "nadie ha dado forma", esos "estremecimientos cuya vibración no ha llegado a ningún labio", esas "inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre". El otro texto es la página titulada Al lector, que Carlos Reyles puso al frente de la primera de sus Academias (Primitivo, 1896), y reiteró, con algunas ampliaciones, al frente de la segunda, El extraño (1897). Se lee allí lo siguiente: "Me propongo escribir, bajo el título de Academias, una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte, de un arte que no sea ind-

estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad fin de siglo, refinada y complejísima, que transmita el eco de las ansias y dolores inenarrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado. En sustancia: un fruto de la estación."

Este sentir que la vida renacía con forma nueva se traduce en muchos núcleos intelectuales, formados especialmente por hombres muy jóvenes, en una serie de ademanes vitales que dan una tónica o coloración particular a la vida intelectual de esos años. Para la mayoría de los jóvenes escritores el máximo esfuerzo creador debía canalizarse hacia el hallazgo de nuevas formas de expresión, formas innovadoras que permitieran dar voz a ese nuevo modo de sentir la vida y a esa presuntamente nueva sensibilidad. Para esos jóvenes, que en su mayoría más que sentir, con todo lo que el sentir tiene de rica carnalidad, pre-sentían, con todo lo que el pre-sentir tiene de vago anhelo e indeciso rumbo vital, ser artista era ser un raro. Ser artista era ser un exquisito y hallarse como traspasado o agujoneado por las más extrañas sensaciones. No es extraño, pues, que muchos de esos jóvenes al descender por primera vez a la arena literaria la convirtieran en la arena de un circo donde afanosamente practicaban posturas clownescas. Para muchos, la vida intelectual se convierte en una nebulosa. Los viejos sentimientos eternos, la salud moral, la viril visión normal de la vida se consideran sólo dignos del vil buen burgués, sobre el que recaen todos los desprecios, o del "vulgo municipal y espeso", que seguramente no era ni tan espeso, ni municipal ni vulgo. Al mismo tiempo, aparece el intelectual de café, que estrepita el ambiente con su anarquismo italo-catalán que dará lugar a la fundación del Centro Internacional de Estudios Sociales, y se promueven escandalosas polémicas literarias en las que los polemistas hacían gala, entre otras cosas peores, de un repulsivo compadrismo. Estas

polémicas no trataban de dilucidar nada importante. Eran explosiones de vanidad herida y un anhelo imperialista de afirmar el propio ego. En la mayoría, quede bien aparte el tan noble Rafael Barret (1875-1910), el mismo anarquismo se reducía a una peculiar manifestación egolátrica. Más que un anarquismo social se trataba de una especie de anarquismo mosqueteril y estético. El esteticismo, en verdad, tanto en la vida como en la creación, es el signo caracterizante de esos núcleos intelectuales. Lo Bello era el objeto de adoración suprema, aunque con ello se desgonzara la integridad de la vida espiritual, y noto el equilibrio, la vida entera —en el plano de la realidad y en el de la creación,— quedara como obturada. Esa adoración por Lo Bello, considerado como objeto independiente, limita y constriñe la vida, y toda ráfaga vital poderosa es sentida como una amenaza. Sólo se desea realizar Lo Bello a través de una exacerbación de los sentidos; se elude lo sustancial humano; se carga el acento en el hallazgo de ritmos verbales extraños y novedosos; se intenta efectos sorprendidos e inconsistentes; los medios llegan a ser sustantivos, y adjetivos los fines; se hace del yo un objeto imperial. Por los mismos años, otros hombres nada esteticistas, se desangraban en las cuchillas, en las revoluciones de 1897 y 1904.

MATICES

Este esteticismo es uno de los signos detectables en el ambiente intelectual del Uruguay en el cruce de los siglos XIX y XX. No es, desde luego, el único, pero colora intensamente la vida intelectual de esos años. Tanto, que infiltraciones esteticistas se da en la obra de creadores a los cuales no se les podría adjudicar con justicia el adjetivo. Piénsese, por ejemplo, en Rodó y Reyles: ambos vivieron una obsesiva, devoradora pasión por lo formal e incluso en sus ideologías hay trazos de esteticismo, aunque ello no les impidió la creación de un orbe intelectual complejo y serio, en el que tienen eco múltiples resonancias, y que trasciende ampliamente la actitud esteticista; piénsese en Javier de Viana: su fuerte realismo no lo hace proclive al esteticismo, pero es posible descubrir en su obra la huella esteticista, especialmente en algunos toques de preciosismo descriptivo no infrecuentes en su narrativa. El Supremo Sacerdote del Esteticismo es, sin duda, Julio Herrera y Reissig, cuya poesía, a pesar de ello, muestra, en ciertos aspectos, calidades de primer orden que la hacen perdurable. Pero donde el esteticismo novecentista

se muestra más al desnudo es en las creaciones de algunos creadores menores, no despojados ciertamente de talento, y en las obras iniciales de algunos de los creadores mayores. Esas obras, por carecer, precisamente, de las cualidades y calidades hasta cierto punto intemporales de

las obras perdurables, están como traspasadas de momentaneidad y, por lo mismo, el signo esteticista se manifiesta sin velos. La breve selección de textos que sigue procura evidenciarlo.

II. SELECCION DE TEXTOS

Noche blanca

En el álbum de la señorita Clotilde Stajano

- Tres poemas, Noche blanca, Pontifical y Caen las hojas, aparecidos en el semanario La Revista que dirigía Julio Herrera y Reissig, y unas páginas en prosa poética, De mis prosas de taberna y Última página, constituyen la exigua producción literaria conocida de Toribio Vidal Belo. Raúl Montero Bustamante, que recogió los tres poemas citados en El Parnaso Oriental (1905), manifiesta que Vidal Belo fue "tal vez el primer divulgador en Montevideo de la escuela de Verlaine y Darío". Este carácter de iniciador y la indudable influencia ejercida por Vidal Belo en la evolución poética de Julio Herrera y Reissig dan significación a su figura en la historia de la literatura uruguaya. Por otra parte, las pocas páginas publicadas por Vidal Belo revelan un temperamento poético bien dotado, cuidadoso de lo formal y ansioso de perfilar una sensibilidad exquisita. Sus versos y sus prosas son bien expresivos del esteticismo de esos años. Decorativismo, búsqueda del ritmo verbal, deseo de mostrarse como un raro caracterizan su actitud poética.

Plenos claros de luna opalizan
la acuarela de un lago de plata,
que en la bruma azogada del cielo
borda el tul de las ágatas pálidas.

Por la tersa epidermis del lago,
bogan candidas góndolas diáfanas,
mientras cantan los castos violines,
la canción florestal de las almas.

Suenan suaves las risas gris perla
del gentil rimador de las aguas:
y a los golpes del remo se enrulan
las pelucas de espuma de ámbar.

En la barca de nieve de un sueño
va Pierrot con su máscara blanca,
escribiendo en un ala de cisne
la romántica triste romanza:

"En la luz de mis lunas nupciales
"en amor de los lirios deseadas!

"Carne tibia de azahares y nardos
"aromados en mirra de Arabia!

"Quiero arder en tus labios de hostia
"y encenderme en tus líricas ánforas,
"y en tu vida de polvos de espejos
"consumirme en neblinas opacas.

"¡Oh eucarística sangre de cirios!
"¡Oh la angélica albura soñada!
"¿No podrán descansar mis promesas
"hamacando en tu seno sus ansias?
.....
.....

Y en la misa orquestal de la noche,
llora y ríe la gris serenata:
mientras suenan los suaves violines
la canción otoñal de las almas.

Toribio Vidal Belo

El Consistorio del Gay Saber

● De los cenáculos literarios del novecientos, dos han adquirido caracteres casi míticos: el **Consistorio del Gay Saber** y **La Torre de los Panoramas**. El primero, cuyos integrantes recibían denominaciones que los jerarquizaban, era capitaneado por Horacio Quiroga (Pontífice) y lo seguían Federico Ferrando (Arcediano), Julio J. Jauretche (Sacristano), Alberto J. Brignole (Campanero), Asdrúbal E. Delgado y José M. Fernández Saldaña (Monagos menores). El afán de innovación y originalidad literaria convirtió el **Consistorio** en un mar de extravagancias. En su libro **Vida y obra de Horacio Quiroga** (1939), José María Delgado y Alberto J. Brignole detallan pormenorizadamente la vida del **Consistorio**. Quiroga proporcionó a Fernández Saldaña una copia mecanografiada de los textos relativos al **Consistorio**. Donada por el último, dicha copia se custodia en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Los dos textos que se ofrece dan una idea de lo que el **Consistorio** fue y de lo que eran algunas de las orientaciones estéticas de esos años.

Ya las nuevas campanas del Consistorio congregan a los fieles del nuevo rito en el templete de la calle 25.

Nuestro notable Arcediano ha dado las órdenes con su ademán hierático. Todos hemos comprendido que en él está lo estraño; y al verlo, algo así como la intuición de todo lo que vendrá, raramente pasó por el aire.

Esto fue en vísperas.

Nuestro gran pontífice hizo entonces la misa y el ritual. Con la casulla blanca de nuestro moderno rito, oficiará dentro de un momento. Oído en pie. Así lo establecen nuestros cánones, que ordenó eruditamente nuestro sabio Arcediano.

Veneradlo.

En las vísperas, llovió la bendición de los cielos. Prepara la tierra para recibir la nueva cosecha. Tal lo anunció nuestro astrólogo, que vio en Nadir pasar el puntito rojo y la cabrita blanca.

Extended las manos en señal de gracia.

Quien no entendiere que lo que es profano es venerable, peca. Quien no penetra en la sombra con alegría, fenece. Quien no se da cuenta de que el gusano es luminoso, yerra. Quien yerra, peca.

No pecar en vano: he aquí uno de los mandamientos. Que los monagos son haces de luz sobre la capa fluvial del Pontífice, es un artículo de fe.

Creedlo todos, cruzad los brazos e inclinad la cabeza.

El sacristán cuidará los archivos, donde están encerradas las tablas de la Ley.

Prestad juramento, envueltos en el manto talar de cuadros rojos y negros —en nombre del que vendrá.

Y yo, el campanero, toco las nuevas campanas del consistorio que congrega a los fieles del nuevo rito, en el templete de la calle 25.

(Campanero)

TE GAUDEAMUS

Seis garzones febricantes intentaron
[una noche

Galopar sobre un Pegaso de modérrica
[escultura,

a horcajadas en la elipse de su atlética
[pe para

Dibujan a lo lejos un hamlético fantocne.

Con la brida entre los dientes —roto el
[nudo de su broc] —

Y cruzando a la carrera la fantástica
[espesura,

Escalaron el Olimpo de verlénica
[estructura,

galopando febricantes en el dorso de la
[noche.

Los fakires de la Ind'a los miraban con
[asombro.

En la docta Salpetrière los miraban sobre
[el hombro.

Y al pisar sobre el estrado del Olimpo,
[Melpomene,
Que conoce los secretos de los signos
[cabalísticos.
Les señala la avenida de los triunfos
[eucarísticos.

Y supieron la doctrina de los labios de
[Verlaine.

(Tren del Paso Molino — Tarde de verano — Noviembre 14 de 1900 — Pontífice, Sacristano, Campanero)

Los arrecifes de coral

● La publicación de **Los arrecifes de coral** (1901) de Horacio Quiroga fue, para su autor, un doloroso fracaso, y, para el medio literario platense, motivo de un pequeño escándalo. El libro fue una de las primeras manifestaciones de modernismo (o decadentismo, según término de la época) de la literatura uruguaya. Ambidextro, en **Los arrecifes de coral** el autor pulsaba, con parejo anhelo de originalidad e idéntica extravagancia, la prosa y el verso: 18 poemas, 30 prosas poemáticas y cuatro cuentos componen el libro (muy pulcramente editado y con una llamativa carátula del joven dibujante español Vicente Puig). Todo lo que el modernismo, en sus aspectos menos perdurables, muestra como más característico (ansia de singularidad, gusto por lo exótico y pretendidamente exquisito, búsqueda de las sensaciones estimadas raras o refinadas, afán de originalidad expresiva a cualquier precio) se halla hipertrofiado en **Los arrecifes de coral**. La crítica no fue benévola con el libro. Y no le faltaron razones para no serlo. El libro revela una imaginación tan vivaz como afiebrada. Y no carece de originalidad expresiva. Hoy es sólo un testimonio del clima literario de esos años y un texto interesante para el estudio de la carrera literaria de Quiroga. La página que sigue, tan cínicamente morbosa, da clara idea de la postura literaria de Quiroga en ese período.

A LA SEÑORITA ISABEL RUREMONDE

Cogiéndome las manos, me decía a menudo: —Venga, amigo mío, ya sabe cuánto le queremos. ¡Ha sido usted tan bueno con la pobre enferma!

Pálida, débil, vestida siempre de heliotropo de que era el claro perfume, un poco triste, aún en los días que fueron menos severos para su enfermedad, su alma se perdió en una corta vida que ella misma —¡oh pobre criatura!— agostó deliciosamente.

Fue largo tiempo desconocido el mal que la aquejaba: ¿Sufres, mi hija? ¿qué sientes, querida mía? —Nada, mamá. Y, no obstante, bien visible era su delgadez, y bien se notaba que mentía, la enferma señorita.

En Niza, cuando la estación enfriaba los teatros y en el aire cálido eran los pañuelos más suaves en las bocas, su plácida agonía se acentuaba más, la dañaba ser vista,

quería estar sola; —ya de lejos para no avergonzar a la señorita, bajo los profusos encajes que ascendían a ratos, sus piernas tan delgadas llevaban consigo, como una promesa asaz melancólica, la sonrisa de los caballeros.

¡Señorita, señorita! qué motivo de pena iba a ser usted para su familia!

Velaba sola, en la luz de la lámpara cariñosamente descendida.

Me había acercado en silencio. ¡Oh, sí, muy enferma estaba! Blancas las mejillas, los labios ya sin bondad, los ojos puros aún, en que la abusada agonía había fijado una a una —como violetas de amor— imperceptibles desgracias.

Señorita imprudente —repito— ¿es perdonable que hiciera usted tan poco caso de la vida?

—¿Es usted, amigo mío? —Sí, querida, soy yo. Y como era ya hora propicia, extendí el vaso hacia su sensible boca.

—Pero —me dijo sonriéndome dolorosamente— mis manos...

—¡Ah, es verdad! —Y acariciando casi para no lastimarla, la ancha pulsera de oro que las unía sobre los almohadones, des-

prendí sus manos, manos queridas y culpables, manos malas, que el médico mandó sujetar a fin de que no martirizaran más a la pobre niña.

Horacio Quiroga

La Torre de los Panoramas

● Horacio Quiroga, pontífice juvenil y alocado de una alocada y juvenil tropa de aspirantes a poetas, acaudillaba a los iniciados del **Consistorio del Gay Saber**. En *La Torre de los Panoramas*, el otro mítico cenáculo literario de la época, Julio Herrera y Reissig oficiaba de Sumo Sacerdote de la Belleza. También aquí una tropa juvenil, aunque aparentemente menos alocada, rodeaba al Sumo Sacerdote y se embecía de sus palabras (aunque no faltaron las disidencias, como la mantenida con Roberto de las Carreras, que culminó con una escandalosa polémica). César Miranda describió *La Torre de los Panoramas* en una conferencia dictada en Salto en el año 1913. La conferencia fue publicada en folleto y luego recogida en el libro titulado *Prosas* (1918). La descripción de *La Torre de los Panoramas* escrita por quien fue contertulio del cenáculo, discípulo y amigo de Reissig (y casi su albacea literario) es un testimonio inevitable sobre el ambiente literario de comienzos de siglo. Aunque muy conocida, no está de más transcribir esa página.

La "*Torre de los Panoramas*", la famosa torre que la imaginación de unos cuantos soñadores erigiera poéticamente, es una bella impostura. Pero no por eso dejó de ser una realidad para todos. Aquella torre era simplemente un altillo, casi decrepito, que apenas surgía del nivel de las azoteas, sus paredes tapizadas de estampas y fotografías, mostraban a la larga el gusto y la pobreza de los familiares. Un bonete turco, un par de floretes enmohecidos, una mesa pequeña y dos sillas claudicantes, completaban decoración y mobiliario. En ese escenario reducido y humilde, Florencio Sánchez, ave de paso, hizo nido un momento; en ese cubo de mampostería, las rimas más extrañas resonaron; en ese cuartucho desmantelado se elaboró la renovación literaria del Uruguay. Bien es cierto que el espacio era reducido, pero a dos pasos el paisaje se ampliaba. La azotea ofrecía un vasto panorama: al sur el río color de sangre, color turquesa o color estaño, al norte el macizo de la edificación urbana, al este la línea quebrada de la costa, con sus magníficas rompientes, y más lejos el Cementerio, Ramírez y el semicírculo de la Estanzuela, hasta el mojón blanco de la farola de Punta Carretas, al oeste más paisaje

fluvial, el puerto sembrado de steamers, y sobre todo el Cerro con su cono color pizarra y sus casitas frágiles de cal o terracota... De ahí lo de torre de los panoramas...

En el ambiente amigo y fraternal las horas eran ligeras. Nuestro huésped, el mayor soñador de tal colonia, Julio Herrera y Reissig, con su sonrisa de buen hombre y su palabra cordial, hacía los honores de la torre, disertando con aquella verba inaudita, sobre los temas más variados, o recitaba, casi cantando, sus siempre renovados poemas. Aquella época fue sin duda alguna, la más feliz del Héroe. Sin preocupaciones materiales, ya que vivía en casa de sus padres, contando lo suficiente para cigarrillos y lo bastante para gastos de locomoción, ¡oh, sus infatigables piernas de alpinista!, y para colmo de dicha, hasta con novia, a la vuelta, en la calle Buenos Aires, en esa calle histórica donde fueron sus pasos de enamorado y por donde, en una mañana de gran sol, se fue para siempre entre lágrimas...

¡Pobre gran poeta! Aún me parece verlo con su americana negra, su plastrón de faya, su sombrero blando y sus guantes grises. Aún me parece verlo y oírlo, efusi-

vo, torrentoso y siempre jovial, en los labios el cigarrillo de legítima fabricación casera —no en balde llevaba en el bolsillo su paquete de tabaco filipino y su librito de papel jaramago, doce centésimos de costo en total. Aún me parece verlo extendido

en su chaise longue, envuelto en su acolchado de plumas, mientras su palabra fácil y su oportunismo contagioso edificaban castillos en el aire...

César Miranda

Mujeres flacas

● Otro libro típicamente representativo del modernismo o decadentismo de la poesía uruguaya es *Mujeres flacas* (1904), de Pablo Minelli González (que literariamente se hacía conocer, galamente, como Paul Minely). El libro está dedicado a Julio Herrera y Reissig: "**Para Ud. que es mi Maestro. —Para ti que eres mi amigo. —Para vos que sois mi POETA.**" Una página en prosa, **Irónico y galante**, abre el libro y da la tónica de su contenido. Las mujeres del libro, dice el poeta, son todas de París, y son "**noctámbulas finas, ojerosas y espectrales, fantasmales, exangües, erotomaniacas**". El libro es, dice el poeta, infinitamente galante, erótico, enfermo, audaz y hasta "**podría servir de aphrodisiaco a las mujercitas cloróticas**". En cuanto a la literatura es para Paul Minely un tóxico. Manifiesta haber absorbido "**todo el poison de la literatura francesa**" y haber sido influido por "**los envenenadores de América**". El autor mismo bebió ajeno para parecerse a Verlaine, se pintó la cara de negro para parecerse a Charles Cros y procuró ponerse tísico para parecerse a Corbiere. Así lo expresa. *Mujeres flacas* quiso ser terrible y hoy —¡a tantos años!— lo sentimos ingenuo. Pero revela evidente ingenio poético y se le lee con gusto. Posteriormente, Minelli González publicó otros libros: *El alma del rapsoda* (1905), *Todos los caminos* (1928), *Paisajes y marinas de Iberia* (1949).

L'ARTISTA

Les sanglots longs
des violons
de l'automne

VERLAINE

Hay un átomo de esplín
en los ojos de Ninón,
que suspira en el violín
un sueño de Mendelsson.

En su histérico mirar
se lee un débil mal de Amor,
y su bucle, por azar,
cubre el diamante traidor

que argentino en alba piel,
de su párpado ducal

cayó; e incrustóse fiel
en la ojera episcopal.

Y toda blanca d'esplín,
la transparente Ninón,
nos dice con su violín
que le duele el corazón.

INVITATION

Y tú estabas atacada de un extraño
[nerviosismo,
y besaste mis pupilas de moderno trovador,
y tus manos —mis enfermas, mis
[queridas—, del abismo
de mis besos arrancaron un océano de
[amor.
¡Pobre noche! Mala noche, yo adivino en
[el abismo
color malva que circunda de tus ojos el
[ardor,
y es tu cruel y aphrodisiaco y morboso
[nerviosismo

que despierta de mis antros al divino
[pecador.
Ven, noctámbula querida, a inundar mi
rostro pálido
del esclarro de tu aliento, intoxicador
[y cálido,
resignando de tus ansias el hystérico dolor.

Ven enferma semi-virgen a sparpar entre
[mi fiebre
la clorosis de tu cuerpo —yo te ofrezco,
[artista-orfebre
una noche larga y roja, una gran noche
[de Amor!

Pablo Minelli-González

Lírica invernal

● Mujeres flacas, de Paul Minely, mereció la aprobación del gran Sacerdote de La Torre de los Panoramas. Julio Herrera y Reissig escribió sobre el libro de quien se consideraba su discípulo un largo trabajo que apareció como folletones de La Razón de Montevideo en los días 30 de junio y 1º, 2 y 4 de julio de 1904. El trabajo, ya que no maduro juicio, revela una imaginación prodigiosa y se lee con gusto y entre sonrisas. El trabajo de Reissig se publicó con el siguiente título: Lírica invernal — "Mujeres flacas", obra pensada en francés y escrita en americano. Vale la pena leerlo íntegro. Como aperitivo, se transcriben dos pasajes.

(...) Viene de París.

La personalidad violenta de este sensitivo degenerado despide rayos negros y oblicuos de aquella cosmópolis, que absorbió sus ocios y encendió su vida en inolvidables peregrinaciones por la aventura y el deleite mórbido. Su temperamento original por sí, se asimiló las miasmas y los vapores del sub-suelo de aquel gran mundo; sumergióse hasta asfixiarse en la carroña pesimista; bebió fuego satánico como un prestidigitador en la teurgia blasfematoria; durmió una noche sacrílega en un ataúd con Mademoiselle La Muerte; quiso ser loco y lo fue; de vértigo en vértigo y de excentricidad en excentricidad rodó por todas las crujiás de los paraísos musulmanes y por todos los calabozos de los infiernos neo-místicos.

Luego rio, amó, lloró. Vio el lado sano de la vida; sentóse a suspirar junto al fresco surtidor de las nostalgias; abandonó el pito diabólico y las castañuelas de la orgía por el divino violoncelo humano, y ahí lo tenéis, mezcla rarísima de Verlaine, Musset y Minely, compuesto macabro de morbosismo, de sensualidad, de travesura y de sufrimiento: un mito indiano de varios rostros de los cuales unos sacan la lengua, otros ríen, otros lloran, otros escupen. (...)

Sus mujeres son flacas a través de su

velo, en su gracia pecadora y en su flaqueza desnudas. El título bien sugerente de su "bouquet" literario expresa la doble naturaleza de una adorable feminidad que no es la de Carlota hacendosa, ni la de Ifigenia contemplativa, ni la de Leonor sabia, ni la de Brunilda musculosa y pura, la domadora de los Nibelungos que con el propio cinturón de su virginidad azota y liga al esposo que va a abrazarla, colgándole al fin en un clavo, sobre su lecho nupcial.

Ellas son la mujer moderna, el inflamable anuleto, la sonrisa inspirada de casa de fuego, la psiquis morbosa de amable Casino, la sirena del arroyo, la yedra nocturna, la Loreley de la encrucijada, la dama de noche, la golondrina errabunda de los tálamos voluptuosos, la flor de baile "demi-mondaine", el encanto fugaz de las Gretchenes del amor bohemio que piden posada a unos brazos por unas horas y se desvanecen luego suspirando al florecer el día. Ellas son: Manón, la vanidosa y dulce; Lili, la versátil y sentimental; Clara, la infantil flamenca, la heroica costurerilla que adora a un príncipe; las dos Margaritas, puras y frescas eternamente; Delia, la travesura infiel de Tibulo; Mignón, la monería acrobática de los adoquines de París, la celosa bailarina que ondula como una víbora y salta como una pantera; Ninette, la funambulesca del vicio simpático, que se sui-

cida por capricho más que por pasión, la Ninette "charmeuse" que hará siempre llorar y reír a los corazones que amaron sólo una noche.

Para estas mujeres, para estas burbujas del alma, para estos epigramas de los sentidos, se necesitaba un verso fácil, juguetón, irregular, defectuoso, frufrutante, frívolo, respingado, libre, bien libre hasta insolente; una minatura feminil, una mueca procax, un puñado de nieve al rostro de un "gamin", polvo de arroz, cintas, confituras, algo muy París, una tosecita fútil de hada callejera, un parloteo, una intriga, un bi-

lete alevoso, un hechizo sobre el pañuelo, o en una liga olvidada. Y al mismo tiempo un verso cuyas rimas fuesen como el choque de los vasos en una taberna de Chío y como un cáncan sardónico de campanillas locas.

Y este verso lo ha inventado Paul Minely; un verso volador, histérico, sensual, hilaridante, venusino, saltarín, canalla, degenerado, en continua crisis nerviosa. ¡Honor a él, guiños a él, flores a él! (...)

Julio Herrera y Reissig

Anfora de alabastro

● Para los confertulios de La Torre de los Panoramas, Julio Herrera y Reissig era el Gran Hacedor de Toda Belleza. Pablo de Grecia fue su Profeta. Combatió denodadamente en defensa del lírico de La Torre y tras su muerte tuvo parte activísima en la publicación de su obra. Pablo de Grecia era el nombre literario del doctor César Miranda, autor de dos libros de poemas: Letanías simbólicas (1904) y Las leyendas del alma (1907), y de otro libro, Prosas (1918), donde, junto con otros trabajos menores, recoge su conferencia sobre Herrera y Reissig y un hermoso ensayo sobre Omar Khayyam. Pablo de Grecia, que dejó también muchos trabajos en la prensa diaria, escribía una prosa rica y fluída, llena de impulso lírico pero muy nítida. Sus poemas encuadran íntegramente dentro del modernismo. Exotismo. Chinerías, Japonerías. Hélade pasada a través de París. Hay en ellos imaginación metafórica, sensibilidad, sentido del ritmo verbal. Debe contárselo entre los más sólidos de los poetas menores del modernismo uruguayo. Aunque en sus poemas se siente demasiado el eco de las voces de Rubén Darío y Herrera y Reissig. El poema que se transcribe pertenece a Las leyendas del alma.

Anfora de alabastro
milagroso, lis, astro,
lírio, hostia, nieve, cisne o copo de espuma.
Yo percibo tu rastro
en la brisa, en la fuente, en el mar y en
[la bruma.

En tus ojos, que velan las pestañas sombrías,
conjeturo visiones de Nínive y Bolonia,
y en tu boca, sedienta de púrpuras bravías,
hay auroras del Indo y arboles de Jonia.

El esfumino sabio ha dejado en tu nuca
la penumbra inquietante de los regios ve-
[lures
y la sombra indecisa de la tarde caduca
florece en tus ojeras complicados azures.

Tu adolescencia rosa, insinúa pecados.
¡Quién gustara al tramonto la bondad de
[esa poma
en la hierba frondosa de los vírgenes prados
o en cojines de Persia o triclinios de Roma!

Tu dentadura breve, hecha de luz de luna,
tiene el tallado armónico de una clave
[pagana
y ante su esmalte joven se experimenta una
hora reparadora en ociosa mañana.

Los ópalos pulidos de tus dedos delgados
irisanse de luces marítimas. Tus yemas
tienen reflejos blondos, vislumbres
[encarnados,
tonos crepusculares y resplandores cremas.

Tu mano, oh tu adorada mano de infanta,
[atrística!
Porqué? No sé decirlo, es tan frágil tu
[mano!
Y luego los hoyuelos. Oh, cuán bella
[conquista
para los soñadores del Helicón pagano!

Anfora de alabastro
milagroso, lis, astro,
lirio, hostia, nieve, cisne o copo de espuma.
Yo percibo tu rastro
en la brisa, en la fuente, en el mar y en
[la bruma.

César Miranda

Oración Pagana

● Roberto de las Carreras, que se autotituló doctor en Anarquismo y Voluptuosidad, y que, enarbolando la bandera del Amor Libre, predicó la Revolución Sensual, escandalizó al Montevideo más o menos aldeano de aquellos años con su satanismo criollo aunque de importación francesa. Su personalidad puede valer como un símbolo de lo que eran algunos círculos intelectuales de esos años y de ahí el carácter casi mítico con que se ha ido diseñando su figura a lo largo del tiempo. Promovió varios incidentes escandalosos que hicieron de él "el protagonista de una crónica novelesca en cuyo carácter se mezclaran la elegante ironía de Alcibiades, la rebeldía romántica de Lord Byron y el cínico libertinaje de Casanova". (Alberto Zum Felde). Sus libros de prosa poética y rítmica (tanto el sensual *Psalmos a Venus Cavalieri* como el casi místico *La Venus Celeste*) sólo se pueden leer entre jadeos. Dotado de un infernal talento para la diatriba, son, en cambio, amenos y divierten sus páginas polémicas o de libelista defensor del amor libre, publicadas en los diarios o en forma de folleto. Inéditos quedaron tres trabajos de esta índole, donde trataba de la vida galante de Montevideo, defendía el amor libre y se refería a la producción literaria (especialmente la poesía uruguaya de la época. Decía allí, con nombres y apellidos, cosas terribles sobre sus contemporáneos. Los manuscritos seguramente se han perdido. Según recuerda don Alberto Zum Felde, dichos trabajos se titulaban *El sátiro*, *¡Fuego al Ateneo!*, y *Antología de la Aldea*.

Oración pagana apareció en un folleto titulado *La tragedia del Prado*, nombre dado a un escandaloso suceso de la época. Una esposa infiel. Alevosa actitud del marido, que finge una reconciliación, lleva a la mujer al hotel del Prado y allí la mata. Reacción del abogado de la señora, que fue el Dr. Teófilo Díaz (Tax), que a su vez mató al homicida, al comprobar que éste, deslealmente, había traicionado la palabra empeñada. Tal los hechos. La *Oración Pagana* fue escrita con intención de ser leída en el sepelio de la dama

¡Yo te arrojé todas mis rosas helénicas,
oh amante arrebatada a la gloria del beso!

¡No se concibe que una mano sacrilega
haya podido herirte! ¡Si algo existe con
un derecho supremo a la vida es la belleza
inviolable, dispensadora de las lágrimas y
de las sonrisas!

El ara de los dioses ha sido profanada
y el Olimpo está triste.

Enmudece de congoja mi corazón de
amante y perlan sobre tí ¡oh flor pagana!
mis lágrimas de esteta.

¿Cómo, frente a la hermosura, no se
arrodilló la Muerte? ¿Qué mano fue bastante torpe,
qué voluntad bastante ciega para herir en tu seno,
¡oh peregrina! a la dulzura de amar? ¿Qué aberración monstruosa
te arrancó la dicha, flor augusta de tu apasionado corazón?
¿Qué bárbaro derecho pudo disputarte la vida?

Apenas se quien eras y mi corazón está
nustio como las hojas de Otoño...

El Amor vaga exiliado sobre la tierra,
una vez más maldito... Aletean en torno
fúnebres presagios... ¡Oh dioses! El faler-
no de mi cratera se ha convertido en san-
gre!

Hermana olimpica que como yo soñaste
el beso, ebria Francesca que supiste amar,
tus ojos se cerraron una noche en espera
de las caricias y a la orilla del lúgubre
Aqueronte, ¡belleza traicionada! el Odio te
condujo dormida...

El que tuvo el cobarde valor de herirte
no fue, cierto, un amante. Quien no supo
devorar mil punzadas no supo nunca amar.
No tienen derecho a invocarte ¡oh deidad
misteriosa de los deleites! sino los que ve-
neran su trágico *ananké*; los que sabemos
que escondes hieles tan amargas como son
dulces los besos, los que marchamos sere-
nos, sonrientes, al luminoso martirio...

¿Quién habla de asesinar a la Belleza?
¿quién es bastante débil para ultrajar a la
Fuerza, invitándola a estúpidas venganzas
sobre las gráciles infieles?

Tú, que eliges el crimen... ¿El dolor es
más bello! ¿Qué consuelo te depara la san-
gre? Tu corazón ávido ¿qué recoge en la
muerte? Si amas ¿cómo puedes destruir?
¿Cómo atentar al ídolo si te arrodillas?

Si fuiste lastimado, mil corazones de
mujer comprenden tu pena y te llaman pa-
ra consolarte. ¿Por qué matas?

Sibarita de Extasis, liana de amor, enre-
dedor de tu féretro, vagan las sombras de
las amantes griegas...

alevosa mi corazón, sube a mis labios
como una ola que contiene toda la aspereza
de los vastos océanos amargos. Quiero
llorar por tí, tierna heroína de las más be-
llas cosas. Tus labios que derramaron la
dicha, para siempre están cerrados por la
Injusticia brutal, ¡y a tu fosa entreabierta
llegan la imprecación, el anatema, el veja-
men hipócrita, el insulto!

Sobre tu féretro se reclina, lacerada, mi
nostalgia de los mundos en que el amor no
fue delito... ¡Rueden sobre tí, mis rosas,
a puñados! ¡Con ellas mi desolación, mi pro-
testa!

No importa que te ultrajen. Mi corazón
pagano te guarda como un escudo... ¡Es
más grande que el odio de los viles! Mi
lamento es más alto que el clamoreo ini-
cua de la turba cristiana, celebrando tu
partida! ¡Aún más resonante que el aullido
feroz de los caníbales regocijados por tu
sangre!

Amaste fuera de la Ley y de los torpes
moldes... ¡Por eso tu cadáver hostigan!
¡Por eso aullan los fieros chacales del Pre-
juicio!

No fuiste tú, fue la gran Naturaleza
quien extendió los brazos entusiastas al de-
leite único.

Sobre mi cratera erigida evocando a Ve-
nus, veo gotear tu sangre...

¡La altiva soledad de mi estetismo, mi
hondo amor a la Grecia, mi inspiración, so-
llozan!

Te sorprendió la muerte, aleve... Re-
gocíate: ¡te han vengado los dioses!

Roberto de las Carreras